

El carácter del verdadero celo, es decir, del que tiene á Dios por primer móvil, es curar las llagas con aceite y con vino, como aquel caritativo samaritano; es corregir las faltas con suavidad, esperando el efecto de los remedios con paciencia; es alegrarse verdaderamente del fruto y del aplauso que logran los trabajos de los otros. Esa maligna tristeza que se siente cuando se ve que otros trabajan con mas aplauso y con mas fruto que nosotros, es señal clara de que en nuestras buenas obras buscamos alguna otra cosa que no es Dios. Si tienes una emulacion amarga y un genio contencioso, dice el apóstol Santiago (1), no creas que estás muy adelantado; porque ese género de prudencia no viene de lo alto; es una prudencia terrestre, animal y diabólica. Donde hay emulacion, donde hay envidia, hay desorden y todas las acciones perversas. ¿Tienes hijos que corregir, súbditos ó criados que reprender? pues guárdate bien de hacerlo con altivez, con arrebatamiento, con cólera ni con acrimonia; la caridad es dulce, y jamás se encoleriza. Tambien es señal de que el fin es derecho y la intencion recta, cuando se trabaja sin inquietud, sin turbacion, sin atropellamiento. Cuando con igual aplicacion, con igual celo se trabaja en secreto como en público, en la ocupacion humilde como en la brillante, en una triste aldea como en las mayores ciudades, en favor de los pobres como en el de los ricos, á los ojos del mundo como sin testigos; si se trabaja como si no hubiera en el mundo mas que Dios y el que trabaja, y si se complace uno en que los demás trabajen aun mucho mas que él; si no nos inquietamos cuando nos interrumpen el trabajo; y si se procuran desempeñar las menores obligaciones con tanto cuidado y con tanto ardor como las mayores. Sobre todo aquellas personas religiosas que desprecian la obser-

(1) Capítulo 3.

vancia de las reglas menudas con pretexto de que son menudencias, estén ciertas que no buscan puramente á Dios en el cumplimiento de las de mayor importancia. Cuando solo se desea dar gusto al amo á quien se sirve, se hace igualmente bien todo lo que quiere.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN GABINO, PRESBITERO Y MÁRTIR.

El Martirologio romano anuncia en este dia el glorioso nacimiento al cielo de san Gabino, presbitero y mártir, hermano de san Cayo papa. Despues de haber estado largo tiempo en la cárcel y con duras prisiones este generoso confesor de Cristo, por orden del emperador Diocleciano, adquirió los gozos del paraíso por medio de una muerte muy preciosa.

Fué san Gabino originario de Dalmacia, pariente del emperador Diocleciano, hermano del papa san Cayo, y padre de santa Susana, aquella que fué inmortal honor de las vírgenes romanas, que prefirió la dicha de ser esposa de Jesucristo á la gloria de ser emperatriz, y derramó su sangre y dió su vida por la fe. No se sabe con que ocasion vinieron á vivir á Roma san Gabino y san Cayo. Puede ser que la fortuna de Diocleciano, que habia ascendido por todos los grados de la milicia hasta los supremos empleos del ejército, trajese á su parentela á la capital del universo, corte ordinaria de los emperadores; pero es mas probable que los dos héroes cristianos pasasen á Roma puramente por motivo de religion, para vivir en una ciudad que era el centro de la fe, y donde triunfaba la Iglesia en medio de las mas crueles persecuciones,

por la santidad de las costumbres, y por la vida ejemplar y fervorosa de todos los fieles.

Tiènese por cierto que san Gabino nació de padres cristianos hácia la mitad del tercer siglo. La bella educacion que habia recibido, la inocencia de su vida, la tierna devocion que parecia habia mamado con la leche, sus piadosas inclinaciones desde su mas tierna infancia, todo esto prueba bastantemente la religion de los que le habian educado. No se descuidaron en enseñarle con tiempo las bellas letras; y como tenia un excelente ingenio, nacido para las ciencias, en poco tiempo adelantó mucho en el estudio y la inteligencia de la Escritura y de los libros sagrados.

Era casado Gabino, y no tenia mas que una hija llamada Susana, á cuya crianza se aplicara con el mas vigilante desvelo, imbuyéndola desde la cuna en el temor santo de Dios, é inspirándola un grande amor á la virginidad y un sumo horror á todo lo que podia manchar el alma. Era Susana de una vivacidad de espíritu extraordinaria; ya á los seis años de su edad mostrara un despejo, una penetracion, una brillantez tan superior, que todos la admiraban por esto aun mas que por su singularísima belleza, que la hizo celebrar mas tarde como una de las mayores hermosuras de toda Italia. Faltóla su madre siendo todavía muy niña, y san Gabino se dedicó enteramente á cultivar aquel nobilísimo terreno que mostraba las mas bellas disposiciones para la virtud, y para ser algun dia, como lo fué, una ilustrísima mártir.

Apenas se vió nuestro santo desembarazado de los lazos del matrimonio por la muerte de su virtuosa mujer, cuando se aplicó enteramente á estudiar la ciencia de la Religion en un tiempo en que el paganismo estaba mas encarnizado en perseguir con furor á los cristianos. Libre de los empeños del siglo, quiso

ser admitido en el clero, y en poco tiempo fué uno de sus mas brillantes ornamentos. Correspondiendo su profunda erudicion y su grande sabiduría á su eminente virtud, no es fácil explicar el inmenso bien que hizo en Roma este gran siervo de Dios. Elevado á la dignidad del sacerdocio, á pesar de la oposicion de su profunda humildad, corrió las casas, las cabañas, los lugares subterráneos, y hasta las cavernas y grutas de los montes, bosques y peñascos, donde estaban refugiados los tímidos cristianos, para animarlos, instruirlos, administrarles los sacramentos y asistirlos en todo. Nunca se vió celo mas generoso, mas infatigable, mas industrioso ni mas eficaz. Veíase con admiracion á este santo presbítero pasar las noches enteras en las lóbregas concavidades de las rocas para celebrar el santo sacrificio de la misa, y para alimentar con el divino pan de los fuertes á los que estaban en vísperas de ser sacrificados como hostias inocentes al Dios vivo, por el martirio.

No se contenia el celo de san Gabino precisamente dentro de los límites de estas grandes obras de caridad: como era sabio, compuso un excelente tratado contra los idólatras, en el cual, exponiendo las impías y monstruosas supersticiones de los paganos, hacia visibles aun á los entendimientos mas limitados y á los ojos menos perspicaces, el horror, la extravagancia y la locura de sus dogmas; demostrando al mismo tiempo con tanta precision, con tanta limpieza, y con un modo tan plausible la verdad palpable y la santidad de la religion cristiana, que no se puede dudar que con esta obra no hiciese gran número de conversiones, y no confirmase en la fe á muchos á quienes tenia acobardados el miedo de los tormentos.

Habiendo sucedido san Cayo en el pontificado al papa Eutiquiano el año de 282, vió nuestro Gabino

abrirse un nuevo dilatado campo á su infatigable celo. Se puede en cierta manera decir que nuestro santo cargó con parte de la solicitud pastoral del santo pontífice Cayo, y que Cayo encontró en el santo sacerdote un compañero fiel con quien repartió todos sus trabajos, sin exceptuar sus mismas cadenas.

Pero mientras Gabino trabajaba con tanto fruto en la viña del Señor, no por eso olvidaba el cuidado de su querida hija. Al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento con las luces mas sublimes de nuestros mas elevados misterios, iba labrando su corazón con el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Sobre todo imprimió en ella un concepto, una idea tan superior de la virginidad, que, despreciando generosamente los mas halagüenos y tentadores atractivos del mundo, que podia prometerse por su claro entendimiento, por su elevada cuna, por su hermosura incomparable, y por su extraordinario mérito, hizo voto de no admitir otro esposo que Jesucristo; previendo bien que su fe, y este amor á la virginidad, pondrian algun dia en sus manos la gloriosa palma del martirio.

No ignoraba el emperador Diocleciano que Cayo y Gabino sus parientes eran cristianos; ni dudaba tampoco que Susana, mas distinguida por su raro mérito que por su singular belleza, profesase tambien la misma religion que profesaba su padre; pero como este principe, los primeros años de su reinado, se mostró muy favorable á los cristianos, los dejó vivir en paz, y su propia familia estaba llena de ellos. Susana, en la escuela de su padre Gabino, hacia maravillosos progresos en la ciencia de los santos; era la admiracion de los buenos, y el ejemplar de perfeccion que de ordinario se proponia á las doncellas cristianas. No podia dejar de tener glorioso fin una virtud tan

singular; y parecia debida la corona del martirio á su virginal pureza, siendo esta en cierto modo como la rica herencia de su casa.

Habiéndole creado César á Maximiano Galerio el emperador Diocleciano, tambien le habia hecho yerno suyo dándole por mujer á su única hija la princesa Valeria. Muerta esta, el emperador, que no queria que la púrpura saliese de su familia, y que estaba bien informado de las eminentes prendas de Susana, resolvió darla por esposa al nuevo César, y ordenó á un caballero pariente suyo, llamado Claudio, que buscase á Gabino, y que en su nombre propusiese esta boda. Gabino, que conocia bien la virtud de su hija, y no dudaba que antes perderia la vida que la virginidad que tenia consagrada á Dios, previó desde luego que el empeño del emperador y la constancia de Susana, á uno y á otro les conseguirian la corona del martirio. Recibió al caballero con la mayor urbanidad; y despues de manifestarle lo agradecido que quedaba á la honra que el emperador queria dispensarle, pidió por favor le concediese algun tiempo para proponérsela á su hija, y para dar parte á su hermano Cayo.

Llamó despues separadamente á Susana, y con voz dulce, con semblante sereno y tranquilo la dijo: *¿Conoces bien, hija mia, la grande dicha que gozas en tener por esposo á Jesucristo? ¿te haces cargo de lo que vale tu estado? ¿comprendes perfectamente su mérito y su valor?*—*Conózcole tan bien*, respondió Susana, *que en su comparacion me parecen menos que nada todas las coronas del mundo; no hago mas caso de ellas que de un poco de humo, el cual solo se eleva para disiparse, solo sube para desvanecerse.—Eso es, hija mia, estimar las cosas en su justo precio, discurrir y hablar como se debe. Pero demos caso que el emperador quisiese hacerte su nuera, ¿parécete que la augusta dignidad de emperatriz no te daría en los ojos y no te tentaría en el corazón,*

sobre todo si te dieran á escoger ó la corona imperial ó la corona del martirio?

—Ay, padre y señor, exclamó la santa, ¡y qué dichosa sería yo si me viera en ese trance! ¡qué presto tomaria mi partido! No, no sería capaz de deslumbrarme el resplandor de la púrpura imperial; esposa soy de Jesucristo, y esposa suya moriré. Ninguna cosa del mundo es bastante para hacerme titubear en la fe, ni para que padezca el menor vaiven mi fidelidad. Toda mi confianza la tengo colocada en aquel Salvador omnipotente, que es el único dueño de mi corazón. No, no me espantan los tormentos; y sino, á la prueba me remito.

No pudo contener las lágrimas el virtuosísimo padre, enternecido con la cristiana magnanimidad de su querida hija. —Ea pues, Susana, la dijo, viendo estoy que presto te hallarás en esta prueba. El emperador quiere casarte con el César Maximiano, y Claudio tu pariente vendrá á hacerte la proposición de su parte. Apenas habian acabado esta conversacion, cuando llamó Claudio á la puerta; despues de los primeros cumplimientos, declaró la voluntad y la orden que traia del emperador, dilatándose mucho en ponderar el esplendor y las ventajosas conveniencias de tan ilustre alianza. Oyó Susana la proposición con el mas profundo respeto; pero cuando llegó el caso de hablar, revistiéndose de un aire resuelto y determinado, pero al mismo tiempo modestísimo y atento: —Admirada estoy, respondió á Claudio, que si el emperador sabe, como no lo puede ignorar, que soy cristiana, piense casarme con un príncipe pagano, y príncipe que sobradamente se ha declarado ya enemigo mortal de los que profesan mi religion; pero si acaso lo ignora, yo os suplico que se lo digais de mi parte. Añadidle que estoy muy agradecida á la honra que me hace su majestad imperial; pero al mismo tiempo aseguradle, que ningun hombre mortal me tendrá jamás por esposa suya.

No dijo mas por entonces, y despidiéndose cortesantemente de aquel caballero, fué derecha á buscar á su tío el papa Cayo, y le refirió todo lo que habia pasado, ratificándose en la resolución de conservar su virginidad, aunque fuese á costa de su sangre y de su vida. Confirmóla el santo pontífice en su generosa resolución, animándola al martirio. Las circunstancias de su gloriosa victoria se pueden ver en la vida de este santo el dia 22 de abril, y en la de la santa el dia 11 de agosto. Por ahora nos contentaremos con decir que, teniendo Gabino bien previstas todas las resultas de la generosa resistencia de su hija á la boda con Maximiano, no perdió un instante en confirmar la magnanimidad de aquella cristiana heroína. Empleó todos los motivos de amor que podia inspirar su ternura, y todas las razones de persuasión y de eficacia que le supo sugerir su elocuencia, para sostener aquella grande alma en las fuertes pruebas que la estaban esperando. A la verdad, pocas veces campeó mas la fuerza de la divina gracia, que en la série de este combate. Fortalecida Susana con la virtud del Altísimo, triunfó de todo el infierno; y Gabino tuvo el consuelo de ver triunfar la fe de Jesucristo en su propia familia.

Convirtiéronse á la fe Claudio, su mujer Prepedigna, con dos hijos, acompañándolos en la misma dicha su hermano Máximo, uno de los caballeros jóvenes mas distinguidos en la corte; los cuales todos, habiendo sido instruidos por Gabino, recibieron el bautismo de mano del santo papa Cayo; gloriosas conquistas que le llenaron de gozo, y mas cuando tuvo el dulce consuelo de verlos á todos coronados del martirio.

Nuestro santo fué testigo del combate y de la victoria de su querida hija, que sufrió los mas crueles tormentos con tan heroica constancia, que admiró hasta los mismos paganos; no dudando san Gabino

que su poderosa intercesion le alcanzaria del cielo la suspirada gracia de derramar él tambien su sangre por Jesucristo.

Mucho tiempo habia que ansiaba por este insigne favor, como recompensa de sus trabajos, de su eminente virtud y de su celo. Con efecto, apenas triunfó Susana de los tormentos, coronando su virginidad con el generoso sacrificio de su vida, cuando fué arrestado san Gabino. Encerráronle en un oscuro y espantoso calabozo, que fué para él lugar apacible de delicias. Resuelto el tirano á vencer la constancia de su fe, ó por el tedio, ó por las incomodidades de la prision, ó dejándole morir en ella de hambre y de miseria, le hicieron padecer cuantos tormentos puede inventar la mas cruel barbarie. La hediondez intolérable del calabozo, la eterna oscuridad en que estaba sepultado, la hambre, la sed y todas las incomodidades de la estación, pusieron su firmeza en las mas terribles pruebas. Sufrió el santo todos estos suplicios, no solo con una constancia inalterable, sino con tanta alegría, como si pasara la vida mas divertida y mas regalada del mundo. Es verdad que aquel Señor que cuida con tanta especialidad de los que fielmente le sirven, templó bien las amarguras de su prision con la abundancia de los interiores consuelos con que dia y noche inundaba á aquella bendita alma. Seis meses pasó san Gabino en estos tormentos despues de la preciosa muerte de su hija santa Susana, hasta que, queriendo el Señor coronar su paciencia premiando sus trabajos, permitió que le cortasen la cabeza. Terminó nuestro santo la carrera de su vida por un glorioso martirio el dia 19 de febrero del año de 296, dos meses antes que lograrse la misma suerte su hermano el santo pontífice Cayo. Fué enterrado por los cristianos el cuerpo de san Gabino en el cementerio llamado de san Sebastian.

El año de 1608, Carlos de Neufville, marqués de Alincourt, señor de Villeroy, gobernador de la ciudad de Leon y del Leonés, y embajador en Roma, estando para restituirse á Francia, deseó traer un cuerpo santo con que enriquecer su patria. Madama Jaquelina de Harlay, su esposa, se le pidió al papa Paulo V, quien la dió el cuerpo de san Gabino, y esta señora le presentó á la iglesia de la santísima Trinidad del colegio de la Compañía de Jesus de dicha ciudad de Leon, donde se guarda con mucha veneracion en una rica urna de plata, conservándose en el archivo del referido colegio las letras auténticas originales de esta preciosa reliquia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de san Gabino, presbítero y mártir, hermano del papa san Cayo. Despues de haber sufrido largo tiempo encadenado en la cárcel por órden de Diocleciano, supo conquistar con su preciosa muerte los gozos eternos del cielo.

En Africa, los santos mártires Publio, Juliano, Marcelo y otros.

En Palestina, la memoria de los santos monjes y otros muchos mártires, á los cuales dieron cruelísima muerte los Sarracenos por la fe de Jesucristo, en tiempo del jefe Alemondaro.

En Jerusalem, san Zambdas, obispo.

En Sole, san Auxibio, obispo.

En Benevento, san Barbato, obispo, varon de una santidad admirable, que convirtió á la fe de Jesucristo á los Lombardos y á su jefe.

En Milan, san Mansueto, obispo y confesor.

La misa en honor del santo es del comun de los mártires no pontifices, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus : ut qui beati Gabini martyris tui natalitia colimus ; intercessione ejus in tui nominis amore robaremur : Per Dominum nostrum Jesum Christum... Suplicámoste, Señor, que nos fortifiques en el amor de tu santo nombre por la intercesion de tu bienaventurado mártir Gabino, cuyo dichoso nacimiento al cielo celebramos en este dia : Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 10 de la Sabiduria, y la misma que el dia XIV, pág. 289.

NOTA.

« El Espíritu Santo, principal autor de este libro, » dice que la sabiduría preservó de muchos males » y colmó de muchos bienes á los que la cultivaron. » Por nombre de *sabiduria* entiende muchas veces el » autor al Espíritu Santo ; porque la sabiduría es uno » de sus principales dones. Habla en este capítulo de » Jacob, que para evitar la cólera de Esaú, se retiró » solo y sin guía á Mesopotamia, adonde llegó dichosamente conducido por la sabiduría, y protegido » por el Señor ; lo que aplica la Iglesia á los santos » mártires, á los cuales defiende y protege Dios con » modo muy especial. »

REFLEXIONES.

Et mendaces ostendit, qui maculaverunt eum : Descubrió el embuste de los que mancharon su reputacion. Este enemigo maligno, que con sus calumnias y con sus artificios procura denigrar el crédito de los buenos, hablando propiamente, no es otro que ese que se llama mundo ; pero la verdadera sabiduría pone de manifesto sus artificiosos enredos, hace visible la iniquidad de sus leyes y de sus máximas, y tambien

hace palpable el poco espíritu y la bajeza de corazon de los que voluntariamente se sujetan á su yugo.

Verdaderamente causa admiracion que hablandose tanto del mundo, que teniéndose tantos respetos y tantas atenciones por el mundo, que no pensándose en otra cosa que en agradar al mundo, que temiéndose tanto como se teme disgustar al mundo, no se hayan dedicado los hombres á desentrañar qué cosa es ese mundo ; para ver si acaso se discurre en este punto sobre verdaderas ó sobre falsas aprehensiones ; para examinar si nuestros temores están bien ó mal fundados ; para descubrir si quizá ese ídolo no es mas que un vano fantasma ; y finalmente para averiguar si eso que se llama mundo es una cosa que merezca temerse tanto, y que en su obsequio se deban sacrificar los bienes, la quietud, la honra y hasta el alma misma ; una cosa en fin que sea acreedora á tantos miramientos, y aun á contemporizar eternamente con ella.

¡ Cosa extraña ! ninguna verdad de la Religion se propone, ninguna máxima del Evangelio se presenta, que para admitirla ó para desecharla no se consulte primero al espíritu del mundo ; apélase á su tribunal, y todo cuanto Jesucristo nos enseña ha de pasar por este juzgado. Grite ó no grite la conciencia, mande ó no mande, amenace ó no amenace el mismo Dios, todo está suspenso hasta que el oráculo de los mundanos pronuncie la sentencia definitiva ; todo se arregla por sus interpretaciones ; todo cede á sus costumbres y á sus leyes ; todo se ha de ajustar á sus máximas. El mundo aprueba, el mundo condena, el mundo no permite, esto no es segun el gusto del mundo. ¡ Mi Dios, qué lenguaje es este en medio del cristianismo ! y ¡ qué mala vergüenza es que los cristianos se sirvan de este lenguaje !

El mundo quiere ó no quiere : ¿ y quién es ese mundo

cuyo imperio está tan extendido, cuyo poder es tan universal, y cuyas decisiones se han de tener por oráculos? ¿Quién es ese mundo á quien se ama con tanta locura, á quien se teme con tanto exceso, á quien se sirve con tanto cuidado, á quien se le trata con tan escrupuloso, con tan ridiculo miramiento? Es puntualmente aquel mundo de quien todos están quejosos, que á ninguno hace justicia, que no atiende al mérito, que tiene lleno de descontentos y de desgraciados el universo, al cual ninguno puede servir sin que sea esclavo suyo; es aquel mundo cuyas extravagantes máximas son otras tantas leyes, muchas veces contrarias á la buena razon, y siempre opuestas á las máximas del Evangelio; es aquel mundo, en fin, juez del mérito, árbitro del pundonor, autor de las modas, tirano de las familias, ídolo universal á quien tributan incienso tantas gentes.

Pero si este mundo moral es una fantasma, sin mas subsistencia que la que finge la imaginacion, ¿no somos insensatos cuando de las fantasías ajenas nos hacemos un amo tan incómodo, y de nuestras propias ideas un ídolo tan formidable? Si ese mundo es una cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos tan duras leyes? ¿quién le dió esa autoridad? ¿por qué fatal destino hemos nacido sus esclavos?

Ciertamente, cuando se discurre sin pasion y sin preocupacion, cuando se mira de cerca lo que viene á ser ese mundo, se indigna uno contra si mismo por haber deferido tanto á sus antojos, viéndose hecho la burla de sus caprichos.

El evangelio es del cap. 10 de san Mateo, y el mismo que el dia XIV, pág. 292.

MEDITACION.

DEL MENOSPRECIO QUE DEBEMOS HACER DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, aun en medio de los cristianos, hay un mundo enemigo del cristianismo, y al cual desconoce Jesucristo. Este es aquel mundo que aborrece al Hijo de Dios, segun se queja de ello el mismo Hijo de Dios. Aquel mundo compuesto de réprobos, enemigo del Salvador, y que no tiene parte en sus oraciones; aquel mundo, en fin, contra quien todos los santos se declararon, y que persiguió á todos los santos.

Es constante que ser de ese mundo y ser del número de los réprobos, amar á ese mundo y declararse enemigo de Jesucristo, es una misma cosa. A la verdad no todos los que son de ese mundo son lascivos, ni voluptuosos, ni murmuradores, ni disolutos, ni impios; pero es cierto que todos los que mas se entregan á estos vicios son muy bien recibidos en el tal mundo, son alabados, son aplaudidos en él; y que el impedimento mas exclusivo de la secta de los mundanos, es ser devoto.

El demonio, que, hablando propiamente, es el príncipe de ese mundo, tiene gran cuidado de amontonar en él todo aquello que es á propósito para inspirar el vicio, las riquezas, la inmodestia de los trajes, la magnificencia de las galas, la bizarria de las modas, el refinamiento de la profanidad, las conversaciones libres, el halago de la música, el desahogo de los bailes, la licencia del teatro; en una palabra, todo lo que puede irritar las pasiones, é introducir las por los sentidos. ¿Es otra cosa eso que se llama el gran mundo, el bello mundo?

Hasta el aire, hasta los modos, hasta el artificio en